

ISTMO

REVISTA CULTURAL

EL SENTIMIENTO MORBOSO DE CULPABILIDAD

Juan Bautista Torelló

INVERSION Y FUGA DE CAPITALS EN MEXICO

Baron F. Levin

ESTADOS UNIDOS, EL HAMBRE MUNDIAL, LOS
TECNICOS Y LA POLITICA AGRICOLA

Donald Cunnion

SECCION LITERARIA:
EL MEXICANO ENANO

Humberto Armella Maza

DIEZ PESOS

46

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 1966

ISTMO

REVISTA CULTURAL

EL SENTIMIENTO MORBOSO DE CULPABILIDAD

Juan Bautista Torelló

INVERSION Y FUGA DE CAPITALES EN MEXICO

Baron F. Levin

ESTADOS UNIDOS, EL HAMBRE MUNDIAL, LOS
TECNICOS Y LA POLITICA AGRICOLA

Donald Cunnion

SECCION LITERARIA:
EL MEXICANO ENANO

Humberto Armella Maza

DIEZ PESOS

46

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 1966

estudios



El sentimiento morboso de culpabilidad

Juan Bta. Torrelló

La disminución actual del sentido del pecado

“Quizás el mayor pecado del mundo actual consiste en que los hombres han comenzado a perder el sentido del pecado” (Pío XII). El pecado, en efecto, es un hecho solamente identificable en el plano de las reacciones interpersonales, entre el hombre y Dios. Su naturaleza es dialógica, como la de todo lo que es humano. Se peca sólo contra Dios: “Tibi soli peccavi!”. La transgresión de la ley y del orden racional son pecado, porque éstos no son más que aspectos de la amorosa voluntad de Dios. El pecado es un rechazo voluntario y consciente del amor de Dios, a favor del amor de sí mismos. Pero si Dios desaparece de la conciencia, lógicamente desaparece también el auténtico sentido del pecado: con El desaparece, como ha dicho Sartre, toda posibilidad de valores en un cielo inteligible.

Los intentos de construir una moral sin Dios, el abstracto moralismo iluminista con toda su polvorienta armadura de formalismos victorianos, la impersonalidad aérea e inhumana del imperativo categórico kantiano (“Kant tiene las manos puras, sí, pero no tiene manos!” Péguy), la pretensión de fundar una “moral sin pecado” (Hesnard), viniendo a chocar con el alud de todos los determinismos modernos (idealista, positivista, marxista, freudiano) que restringen el margen de la responsabilidad humana, así como la furia activista del “Homo faber”, de la civilización tecnicista, del pragmatismo utilitarista que polarizan el hombre hacia una exclusiva hambre de bienestar, disolviendo todos los valores morales y la comprensión de la total realidad humana, han mostrado su inanidad y su impotencia desoladoras.

Se ha dicho que en nuestros días asistimos a una crisis moral de las más agudas que la historia ha registrado, cuyos síntomas con grande agudeza describió el entonces Cardenal Montini en una famosa Carta Pastoral de Cuaresma del año 1961.

El aumento del sentido de culpabilidad

Por todo ello cabría pensar que en este nues-

tro mundo contemporáneo, en el que el área del pecado ha visto encoger progresivamente sus fronteras, no haya sitio para el remordimiento, ni para el sentido de culpabilidad. Pues bien: agudos y menos perspicaces observadores y estudiosos afirman sin vacilación que nunca como hoy, después de la segunda guerra mundial, la humanidad se vió atenazada por la angustia de la culpa. Defenestrado el pecado (moral-teológico), ha entrado otra vez por la puerta falsa del sentimiento de culpabilidad, a menudo morboso. Este, con todas sus aberradas variaciones, se ha infiltrado en la vida individual y colectiva para torturarla. No logramos, los hombres de nuestro tiempo, liberarnos de la larga cadena de acusaciones mutuas, de autoacusaciones, de depuraciones, de responsabilidades delictuosas, de alcance desmesurado, de crisis de conciencia, de revisionismos de todas clases, de persecuciones, de neurosis, de náuseas, de aburrimientos. La literatura y la filmografía contemporáneas, frecuentemente tan desenfadadas e impúdicas, se agitan sin cesar alrededor del problema conflictual de la culpabilidad, de la denuncia y del infernismo, con un frenesí no observado desde el período romántico. Kafka, Malraux, Camus, Mauriac, Claudel, Gide, Bernanos, Mann, J. Green, Musil, Boll, la Le Fort, Pavese, Brancati, Papini, Graham Greene, Miller, O’Neal, ... por no alargar la lista, analizan la tortura del hombre que se siente culpable, en variaciones sin fin, llegando en algunos casos a la rebelión contra Dios (del tipo de Kamarazov), en otros al satanismo euforizante, en otros a la indiferencia sartriana más allá del bien y del mal, como suprema liberación del hombre por encima de “le diable et le Bon Dieu” aunque en un total fracaso del hombre mismo, y en otros finalmente se alcanza la fe en Dios, el solo Santo, Salvador dador de gracia.

Médicos y sacerdotes asediados.

El médico de hoy, y más todavía el psiquiatra, ve acumularse a su entorno una abigarrada multitud de desequilibrados, infelices, desesperados, angustiados, y en una gran mayoría de ellos —más o menos declaradamente— cumple la

presencia del sentimiento de culpabilidad en busca de serenidad o al menos de cicatrización.

Pero también el sacerdote, aunque advierta la pérdida de tantos y tantos antiguos "penitentes" que pasaron del confesionario al gabinete del médico —convertido desde algunos decenios en "moderno curador de almas" (Jaspers), sabe muy bien cuantos pecadores inconsolables a él acuden. Esto es, hombres anormales a los cuales el Sacramento no logra pacificar, y en cuyas vidas interiores las comunes normas ascéticas no se manifiestan eficaces. También él tiene la experiencia retorcida de nuestros tiempos, que tan poco tiene que ver con la recortada, precisa, doliente pero esperanzada conciencia del creyente pecador. La "vivencia del pecado" no raramente desgajada de la relación con Dios, la encuentra el sacerdote mismo en muchos de los que acuden a él para "reconciliarse", pero se siente a menudo desprovisto de conocimientos válidos para descubrir su génesis y para verdaderamente lograr pacificarla. Aquí vamos a exponer algunos de los más recientes adquisiciones de la actual investigación psicopatológica respecto al problema de la vivencia de culpabilidad, con el fin de hacer un servicio a los muchos que por diversas circunstancias se ven constreñidos a ocuparse de estas amarguísimas dolencias.

Sentimientos de culpabilidad claramente morbosos.

En algunos casos de verdadero delirio de culpabilidad, el cuadro patológico salta a los ojos: estos enfermos aparecen aplastados por el peso de culpas enormes, se atribuyen a sí mismos la causa de catástrofes familiares, sociales y aún de guerras mundiales y otras públicas calamidades; muestran una sed insaciable de castigo, un implacable desprecio de sí, vergüenza, asco, y remordimiento que representan una anticipación de la condenación que sienten allegarse fatalmente sobre su destino. El suicidio de ciertos melancólicos, más que poner fin a su martirio, adquiere muchas veces el carácter de autopunición, una especie de voluntario descendimiento a los infiernos. En algunos enfermos de depresión, la menor falta es vivida como gravísimo "pecado contra el Espíritu Santo", esto es, como imperdonable, y por tanto merecedora de inmediato castigo —enfermedad, miseria, repulsa social— y después de condena eterna.

Otros neuróticos, con la voz siempre velada, con el aire siempre sumiso, se entregan a la ru-

miación sin descanso de las culpas "cometidas", de las "malas intenciones" que ponen en las acciones diarias más intrascendentes, de los escándalos provocados "voluntariamente" añaden como quién con un alfiler fija la mariposa disecada, para no ser demasiado benévolamente juzgados, y con la esperanza de hacer salir un poco de sangre de aquellos relictos exhaustos que son sus acciones... A menudo creen, y se acusan, de haber dañado físicamente a personas amadas —mujer, hijos— y aún a desconocidos en encuentros y convivencias realmente armónicos. Estos no se castigan a sí mismos, como otros enfermos graves que se torturan y autolesionan físicamente, pero esta perenne rumiación constituye su pena preferida así como los rituales obsesivos a los que se someten para evitar nuevas culpas, en una angustiada búsqueda de seguridad.

Otros finalmente, también claramente morbosos, se sienten perseguidos: estos acusan a otros de que les acusan, se persiguen así mismos con la obsesión de ser a su vez perseguidos, acusados, juzgados, condenados, señalados con el dedo en todo lugar y en todo momento. El mundo entero se convierte para ellos en un tribunal que les procesa por una culpa enorme, por ellos desconocida, pero que se convierte en el eje de toda su existencia, como le ocurre al protagonista de la famosa novela de Kafka "El proceso".

¿Culpa real o culpa morbosa?

Junto a los casos descritos de existencias culpabilizadas a todas luces patológicas, se dan muchos otros en los que la tortura morbosa no es proclamada, ni se acompaña del cortejo de otros síntomas de naturaleza patológica evidente, sino que en ellos el sentimiento de culpabilidad se presenta aislado y más "razonable". Aquí hay que ser advertidos y expertos.

Aludamos ante todo al fondo "perfeccionista", de tipo puritano, que muestran ciertas personalidades "exquisitas", proclives a la indignación frente al mal, adornadas de sublimismos embriagados de ideal y de un moralismo rigorista, que de todos modos consideran a la virtud como a una indispensable joya de su yo amadísimo. Estas personalidades, frecuentemente torturadas por sentimientos de inferioridad, intentan precisamente levantarse por medio de autoacusaciones, que ponen de relieve su "espíritu refinado". Personas que se presentan con el rostro marcado

por la tristeza, a menudo celadas tras gafas ahumadas, con movimientos lentos que no logran esconder un cierto incesante temblor, siempre compuestísimas en sus actitudes, que llegan con anticipación a las citas, que hablan con gran precisión, incesantemente puntualizando, puntuando, poniendo puntos sobre todas las íes, que escriben con cuidadosísima caligrafía... en las cuales pero de vez en cuando, improvisadamente, el calambre del gesto o de la palabra convulsos, inconsultos, violentos, descubre la secreta y mal reprimida agresividad. Estas "almas sutiles", no raramente víctimas de una educación severa y extremadamente vinculante a los padres —autoritarios y egocéntricos—, son tan sólo aparentemente exigentes, pues en realidad, como bien observó Mounier (1), su "sensibilidad" "les mantiene en la superficie de sí mismos", en un permanente quitarse el polvo de la túnica del alma que precisamente de entrar en ella decididamente para modificar sus actitudes fundamentalmente erróneas. De esta manera, "esterilizando las fuentes de la geenosidad espiritual", precisamente esta puntillosidad aisladora les impide el vuelo de la vida espiritual verdadera, que es siempre enamoramiento de Dios, y olvido de sí en el servicio de los demás. Por esto juzgamos que el egotismo, la cerrazón neurótica son *hic et nunc* incompatibles con la santidad, y si no se superan la obstaculizan, y desvían de ella toda la vida ascética. (2).

Muchas veces, además, se puede comprobar que la obsesión del pecado no sólo no libra del pecado, sino que conduce a una forma de esclavitud del mismo: la viscosidad de los "eternos remordimientos", del sentimiento de vileza, postra en tal modo la persona en la hipocondría moral, que la hace resbalar —mediante una atonía espiritual, deshuesada y desangrada— hacia el pecado de hecho de modo casi "fatal". Este es el caso de muchos onanistas, en los que también se advierte la citada cerrazón en sí mismos, el aislamiento de un yo entristecido, y al que cualquier fracaso vital precipita en la satisfacción infantil sexual, diríase que entregados a un gusto morboso de la culpabilidad. El fatalismo de la culpa, y la subsiguiente constante autoacusación, descargan a estos seres del verdadero esfuerzo ascético o lo subrogan, evitándoles el esencial riesgo cristiano de la esperanza teológica "contra toda esperanza" (3).

Además del carácter "nihilista" que López Ibor señala en estas personas enfangadas en la

culpa, que todo lo destruyen y nada construyen, hay que observar un cierto tinte *exhibicionista* en sus autoacusaciones, siempre ávidas de mostrar el mal si no cometido por lo menos deseado, así como los aspectos más mezquinos de sus acciones e intenciones, los detalles más repugnantes o lúbricos de sus supuestas culpas. Aún la humillación a la que se someten en la confesión, tiene un típico "manierismo": un poco llorosa, un poco altiva, que intenta imponerse al juicio de los demás —¡nunca son dóciles!—, con el afán paradójico de afirmar su débil y pobre personalidad aureolándola luciferinamente o bien con un victimismo de excepción (por ej.: sentirse asediado por la acción masiva de legiones de demonios), que a su vez exigen la excepcionalidad de la contrapartida penitencial.

La "discreción de espíritus", que el confesor y el médico deben poseer en alto grado, debería conducirles a observar también el *carácter monológico* de estos sentimientos de culpabilidad, contemplan y compadecen o aborrecen tan sólo el propio yo. El sujeto sufre de sus síntomas, se angustia por su propia angustia, agudizan el ingenio para autoanalizarse, y casi nunca vuelven la mirada hacia al Otro —Dios, el prójimo— o hacia los valores. No sufren por el mal hecho, sino por haberlo hecho ellos. Confunden valores y funciones (4). Este es un hecho de suma importancia y hay que acostumbrarse a "oler este monologismo, este hedor de "cerrado" de semejantes remordimientos y confesiones, y no dejarse conmover fácilmente por la intensidad del dolor manifestado, ni por lo trágico real de estas situaciones. Pero aún la relación consigo mismo se hace inauténtica, poco veraz, desprovista del sentimiento de dignidad, de respeto hacia la propia persona, lo que quita la base a una vida moral verdadera, siempre fundada sobre un recto amor de sí mismo.

Cargnello ha subrayado, con gran acuidad fenomenológica, en la "vivencia de culpabilidad" el carácter desestructurador de las articulaciones interhumanas, y por tanto de obstáculo a la libre coexistencia. El rechazo de sí mismo hace impronunciable cualquier Tu, pues en el otro se ve solamente otro "sí mismo", un "alter ego", por lo mismo igualmente repugnante y reprochable, y el mundo entero se convierte en una sala de espejos para enloquecer. La "incomunicabilidad" de que tanto se ha hablado —y escrito, y filmado— en estos últimos años, es en el fondo expresión de una existencia culpabilizada,

En "Como en un espejo" de Ingmar Bergmann, la esperanza del hombre renace con la presencia advertida de Dios en todo amor humano auténtico. En "El silencio", del mismo autor, la esperanza desaparece, precisamente porque el amor humano ha sido destruido en la sexualidad más escuálida convertida en fin exclusivo, en un amor sin Tu, sin fruto, sin comunión, en un amor anti-amor, último residuo de la incomunicabilidad interpersonal, de la que la misma ciudad de Timoka, en donde la descarnada acción se desarrolla, con su lengua incomprensible, es un símbolo estremecedor. A una tal incomunicabilidad le resta tan sólo el refugio de la "locura" o la extenuación de acedia, en el cuadro de la experiencia de la falta de sentido de todas las cosas, incapaz incluso de desesperarse, en "La Noche", en "El Eclipse" (dos películas del italiano Antonioni) de un tiempo y de una vida que ya no fluyen más.

Se advertirá también que la culpabilidad morbosa va siempre vinculada a la angustia de un ser encerrado en un mundo sin vías de salida, enajenado de sentido: estas personas se semejan al "man" heideggeriano, arrojado al mundo, extraviado en él, casi anónimo, y que se "siente existir" casi tan sólo como "hombre problemático" (Gabriel Marcel). Quizás por ello les vemos tan apegadas, tan abrazadas al propio dolor, al propio peso de culpa, que casi las definen y las hacen sentir vivas.

Notemos finalmente que algunos cuadros de patología, de apariencia exquisitamente orgánica, llevan en el seno, a modo de motor que se carga siempre de nuevo, un notable sentimiento de culpa, que el mismo enfermo desconoce. (Un analista adleriano diría que, mediante los sufrimientos físicos, intenta distraerse, de compensarse, de prepararse un alibi o "arrangement"). Dos ejemplos nada más: 1) no pocas frigideces sexuales, señaló hace ya años Steckel, no representan más que un "no debo", que un "no puedo" de tipo esencialmente ético, que el mismo organismo —con su dialecto de síntomas corporales— pronuncia, substituyéndose a una conciencia por lo menos obnubilada. 2) en muchos casos de "anorexia mental" —pésima denominación dada al voluntario y consciente rehusar la alimentación, que lleva a peligrosísimas situaciones de depauperación, de emaciación corporal— la psicoterapeuta milanesa M. Selvini ha descrito magistralmente la "acusación al cuerpo", esto es la atribución al cuerpo de un fra-

caso o de una angustia que lo son en cambio de toda la persona, que encuentra particular dificultad para entrar en relación interpersonal con su propio mundo.

Este "dépistage" de la culpabilidad morbosa bajo el opaco caparazón de la enfermedad orgánica —que tiene siempre el peligro de las generalizaciones más o menos fantásticas y forzadas— presupone una cuidadosa exploración diagnóstica de tipo médico, y por lo mismo nadie más que el médico puede llevarlo a cabo. Los no médicos —psicólogos, sacerdotes, asistentes sociales— es bueno y sumamente augurable que reciban de estas cuestiones una segura información, para que sepan enviar la tempestividad oportuna en todo caso "sospechoso" al experto en estos delicados "problemas fronterizos".

Intermezzo freudiano

Uno de los aspectos más lamentables de la doctrina freudiana, es aquel por el cual la culpabilidad se psicologiza totalmente, esto es se reduce a una simple consecuencia de la represión o remoción de algunas imágenes, recuerdos, instintos. Ya Nietzsche había escrito que cuando los instintos, que constituyen la "voluntad de potencia", no encontrando desahogo hacia el externo, se introyectan y reprimen, "engendran sentimientos de culpa" de manera que la mala conciencia, según ese filósofo, no sería más que una grave enfermedad del espíritu, debida a la infidelidad del hombre a su primitiva naturaleza de "bestia rubia".

Pera Freud, la conciencia no es algo esencialmente humano, sino solamente función del Super-ego censor y represor, el cual a su vez, otra cosa no sería —siempre según la ortodoxia freudiana— que la introyección de las normas morales sociales, especialmente paternas (5). Nunca aparece en las obras de este autor el concepto de culpa en sí —sino tan sólo el de "sentimiento de culpa"—, y menos todavía el reconocimiento de la realidad de la misma. Para él, el sentimiento de culpa procede del miedo primitivo ante la autoridad, y más tardíamente del miedo ante el Super-ego, que tal autoridad ha interiorizado.

El mal, que él considera estrechamente ligado al sentimiento de culpa, no es, según él, nada que pueda dañar o amenazar al Yo, sino contrariamente algo muy deseado, en cuanto causa de placer, negado y reprimido en tal modo que engendra —oprimido y rezongante en el incons-

ciente— el castigo del sentimiento de culpa (6). Pretender poner en relación semejante mecanismo —algo simplista, y anclado al pozo sin fondo del complejo de Edipo— con el pecado original, como han hecho algunos psicoanalistas católicos y protestantes, nos parece una tentativa infundadamente forzada, que indudablemente el mismo Freud habría sin duda estigmatizado (7).

La agudeza genial del médico Freud, sin embargo, aún negándose en teoría a aceptar la realidad de cualquier culpabilidad en sus enfermos, descubrió que los sentimientos de culpa, se refieren siempre a un falso objeto, de manera que desenmascarar la verdadera causa de tales “sentimientos” o “vivencias” de culpabilidad, constituiría la vía maestra que conduce a su curación. Este hecho ha sido comprobado por la psicoterapia más moderna con la misma evidencia con que ha comprobado la ausencia —en tales culpabilizados— de cualquier referencia esencial —inconsciente o no— a las famosas autoritarias o paternas” (8).

¿Cuál es la raíz del sentimiento morboso de culpabilidad?

Los enfermos que sufren de tales sentimientos los refieren siempre, con monótona insistencia, a culpas moral-teológicas.

Interesa recordar, antes de adentrarnos en este tema, que aún el hombre más justo y conocedor de sí mismo, no puede lograr nunca una absoluta certeza sobre el estado real de su alma ante Dios, como declara abiertamente San Pablo: “De nada me acusa mi conciencia, pero ello no quiere decir que yo esté justificado... Quién me juzga es el Señor” (9). Más drásticamente todavía, dice San Juan: “Si decimos que estamos sin pecado, nos engañamos, y la verdad no está en nosotros” (10). Esto conduce a que, aún con la suficiente claridad que impide caer en una total y desesperante duda —y que todo cristiano impediría acercarse a los Sacramentos—, todos los hombres, por santos que sean, deben abandonarse confiadamente en Dios, y repetir la oración siempre actual del salmista: “Ab occultis meis munda me” (11). “Abyssus, abyssum invocat” (12): el abismo de la criatura que clama hacia el abismo del Dios solo Santo. Esta distensión de la criatura pecadora en las manos del Señor constituye la única fuente de paz, en que todo hombre puede beberse calmarse. El neurótico, en cambio, no sabe aceptar

este margen de incertidumbre —debido a su perfeccionismo y a su inagotable necesidad de seguridad— y, por tanto, no solamente no encuentra reposo, sino que “aprovecha” dicho margen de inseguridad precisamente para autoanalizarse, autoacusarse y autocastigarse sin fin.

La culpa existencial

Desde Heidegger en adelante, se ha hablado muchísimo en las escuelas psiquiátricas de inspiración existencialista, sobre la “culpa existencial”, esto es, sobre una cierta culpabilidad inherente al ser-en-el-mundo, y que derivaría —para decirlo en pocas palabras y no poco sumariamente— en la incapacidad humana de realizar todas las propias posibilidades existenciales. El ser-aquí (o Dasein) del hombre llevaría consigo inevitablemente el ser-culpable, no en sentido moral-teológico, sino en sentido existencial, que implicaría un cierto ontológico “ser deudores” respecto al Otro, dado que todo ser-aquí significa siempre un ser-con-el Otro. Y este ser-deudor sería más antiguo que las mismo conciencia, y la culpa existencial se hallaría presen-



te aún allí en donde la conciencia todavía dormita. La conciencia llama al existente a reconocerse culpable, y de ahí, dicen los psicopatólogos, el miedo a enfrentarse con este grito de la conciencia, que pone en evidencia la culpabilidad y reclama la asunción de la responsabilidad personal.

La medicina confirma la realidad de la culpa existencial

Dejando aparte, en esta serie, la crítica de esta filosofía, se puede afirmar que la medicina ha confirmado que al sentimiento de culpabilidad corresponde siempre una cierta "culpa existencial" real, que el enfermo no reconoce, más aún, que el enfermo "no quiere" conocer. Se huye de la responsabilidad, pero la fuga aumenta todavía más la culpabilidad. Los psicoterapeutas de la escuela existencial se proponen como finalidad terapéutica el paso del culpabilizado de la irresponsabilidad a la responsabilidad, de la falsa inocencia a la aceptación de la culpa. Y en esto contradicen sin embargo a la actitud de los psicoanalistas de la "ortodoxia" freudiana, los cuales atribuyendo la culpabilidad a los padres, al ambiente de la primera infancia, aumentan todavía el sentido de irresponsabilidad de los enfermos. Gustav Bally, conocido psicoterapeuta zuriqués, escribió hace ya 13 años: "La reducción del problema de la culpabilidad al plano puramente psicológico, se ha llevado a cabo con el propósito de eliminarlo sea en cada hombre sea de la humanidad entera. Las tentativas hechas en sentido de buscar la génesis familiar o biográfica, proceden del deseo de lograr —mediante la identificación de la causa— desmascarar y disolver la culpa misma" (13).

Según otro famoso psicoterapeuta zuriqués, Medard Boss, las personalidades neuróticas —y esto vale también para los culpabilizados— manifiestan en todos los casos un encogimiento de su existencia, en cuanto que no se han decididamente abierto al mundo, a los demás, a Dios (14). El hombre es un ser abierto, una "obra abierta" de Dios, que se cumple, se madura tan sólo poniéndose en sincera relación con los demás. Como otro grande psiquiatra suizo lapidariamente dijo: el ser-aquí es siempre un ser-con, el "Dasein" es siempre un "Mitsein" (Ludwig Binswanger). Por ello, cuando el hombre se cierra sobre sí mismo, coartando sus múltiples posibilidades de decisión y de responsabilidad, por miedo a exponer el Yo a riesgos de todas las

especies, refugiándose bajo su coraza de seguridad, experimenta inevitablemente su "ser en deuda", su "fracaso" ante sí mismo, ante el mundo, ante los demás, ante Dios. El fracaso existencial de aquel siervo de quien habla el Evangelio, que conservó el talento recibido en un pañuelo, sepultándolo o haciéndolo infructuoso por miedo, lleva consigo —aunque a menudo no se trate de ninguna culpa moral, porque la fuga y el "encogimiento" existenciales tienen lugar en las nieblas del inconsciente— un vivo sentimiento de culpabilidad, de soledad, y de aquello que V. E. Frankl ha llamado "lebens sinnlosigkeit" o "existentielles Vakuum" (ausencia de sentido de la existencia en su globalidad o vacío existencial) (15). Un voto de obediencia, por ejemplo, pronunciado por inconscientes motivaciones neuróticas, por afán de seguridad, por miedo a la responsabilidad personal, por angustia ante la libertad, es —desde un punto de vista moral estricto— no culpable, pero la culpa existencial es evidente y se hará sentir un día u otro sin remedio.

En el plano fenomenológico sin embargo, la culpa existencial se presenta casi siempre disfrazada de culpa moral-teológica, y así por ejemplo el enfermo arriba citado se acusará de mil pequeñas culpas, verdaderas o no, atribuirá su angustia y su sentimiento de culpabilidad a fallos de la vida pasada, o se agarrará a un sólo hecho pecaminoso realmente para llegar al convencimiento de que él ha envenenado toda su existencia y originado su conciencia de culpa nunca pacificada. Es posible que inaugure entonces una serie de rituales ablutorios corporales, con lo que el problema de la culpa se traslada al plano puramente somático: se siente siempre "sucio", "infectado", y tiene necesidad de "lavarse" continuamente, atormentado por el presentimiento macbethiano de que "no bastarían todos los perfumes de la Arabia" para purificar a sus manos homicidas.

Esta culpa desplazada, este falso objeto de culpabilidad, es lo que Igor Caruso —en un libro publicado antes de que se iniciara su penoso proceso de evolución hacia el materialismo— llamó "Sündenbock" (o víctima propiciatoria): una culpa moral-teológica que encubre la culpa existencial, y distrae la tensión de ella, y que el psicoterapeuta perspicaz debe saber descubrir o hacer saltar, para sacar a la luz aquella que el mismo autor llamó la "herejía vital" subyacente (16).

Sentido positivo del sentimiento de culpabilidad

El "sentimiento de culpabilidad", verdadero cáncer de la vida psíquica, que todo lo corroe, todo lo penetra y disuelve, tiene sin embargo también un sentido positivo, que muchos sicoterapeutas han puesto de manifiesto: él *busca siempre algo o alguien*, intenta mantener aunque sea de manera muy retorcida el contacto con el mundo y con Dios, y aunque al mismo tiempo revele una fuga de algo o de la relación con alguien (Darmstatter). Esta vivencia dice siempre, aunque en forma balbucida, que "la vie c'est ailleurs" (Rimbaud), que "nuestro corazón estará inquieto hasta que no descanse en Tí" (San Agustín), e introduce, en última instancia, en una especie de "noche oscura" del alma, a través de la cual se alcanza la Luz que no muere: "Hay que perfeccionar el entendimiento en la tiniebla de la fe, la memoria en el vacío de la esperanza, la voluntad en la ausencia y el desasimiento de todo afecto" (17). Thomas Stern Eliot, el grande poeta inglés no hace mucha falta, ha descrito de manera eficazísima este camino que pasa por la tiniebla, en una de sus famosos Four Quartets, casi recalando hacia al los célebres versos de uno de los líricos mayores de todos los tiempos, el místico San Juan de la Cruz:

"Oh, tiniebla, tiniebla, Todos entran en la tiniebla,
los espacios estelares vacío, vacío en el vacío;
los capitanes, banqueros, eminentes hombres
y los generosos mecenas, los jefes y los distinguidos funcionarios, presidentes de varios magnates de la industria y pequeños contratistas,
todos entran en la tiniebla
y se apagan al sol y a la luna el Almanaque
el Boletín de la Bolsa, y el Indicador de Gentes,
frío el sentido, y perdido el móvil de las acciones.
Todos vamos con ellos, en el mudo funeral,
el funeral de nadie, porque nadie se lleva a enterrar.
Le he dicho a mi alma, cálmate, deja que la tiniebla venga sobre tí,
que sedá la tiniebla de Dios. Como cuando
(en el teatro

se apagan las luces, para cambiar el decorado,
y hay un vacío temblor de alas, un movimiento
y sabemos que arrollan y se llevan colinas y
el panorama lejano y la fachada audaz y alta;
o como cuando en el Metro, un tren se para
entre dos estaciones, y el bisbiseo sube y baja
y se adivina detrás de cada rostro el ahondar-
dejando entrever tan sólo el creciente terror
o como cuando, bajo el cloroformo, el espíritu
le he dicho a mi alma, cálmate, y espera sin
porque la esperanza sería esperanza de lo que
espera sin amor porque el amor sería de lo
quedará la fe, pero la fe, el amor y la esperanza
Espera sin pensar, porque no estás preparado
así la oscuridad será luz, y reposo la danza.

...Dirás que repito
algo que he dicho antes. Lo diré todavía.
Lo diré otra vez? ...
Para llegar a lo que no sabes
tienes que ir por un camino que es camino de
Para poseer lo que no posees
tienes que ir por el camino del desasimiento.
Para llegar a lo que no eres
tienes que ir por donde no eres.
Y lo que no sabes es la única cosa que sabes.
Y lo que posees es lo que no posees.
Y donde estás es donde no estás" (18).

La sicoterapia conduce al enfermo a reconocer su verdadera culpa

Uno de los factores más nocivos de la patología mental lo constituye precisamente la fuga de tan áspero camino, refugiándose en un monologismo morboso que busca la seguridad en el alejamiento de la vida. Pero "la vita se le prende con chi ne ha paura", dice un proverbio italiano, y he aquí que la angustia y el sentimiento de culpa aumentarán e irán invadiendo siempre zonas más amplias de la existencia —in-

timidad, vida familiar, profesional, social etc.—. El enfermo huye de la angustia y de opresión del sentimiento de culpa, pero mientras continúa amurallado en su monólogo interior, en su cueva de exorcismos, no llega a conocer la naturaleza (existencial) de su culpa verdadera. Es necesario que la sicoterapia represente el ingreso en el mundo de la culpa personal, porque ésta no sanará si el sujeto no se enfrenta con ella, si no la vive en su esencia real a lo largo y mediante la relación sicoterapéutica. Solamente entrando en este antro oscuro de la culpa existencial, “el Yo encuentra la conciencia de haber perdido el orden interior de su proyecto humano vivido” (Callieri). “El encuentro cara a cara con la culpa tiene una eficacia transformadora”, y el vivenciarla se convierte en motor que pone en marcha la decisión de realizar los valores de la existencia personal (19).

Contrariamente, esconderse a sí mismo, significa negar, no reconocer la culpa, y esto quiere decir no ser auténticos, no ser sí mismos. Y el que no es auténtico, es deudor (culpable) frente al propio ser. Por esto, en toda angustia, afirma Gion Condrau, se cela miedo ante el reconocimiento de la propia culpa (entendida naturalmente en sentido existencial). Un hombre, en cambio, que reconoce su culpa, que la asume, que hace cuanto puede para reducirla, que obedece a la llamada de la conciencia, que renuncia la esperanza (20). Ya Santo Tomás había afir-

mado que la “contemplatio veritatis mitigat tristitiam et dolorem etiam in cruciatu” (21).

la angustia, ni siquiera frente a la muerte, pues en él, en lugar de aquella, se anida la confianza, al prometeico intento de conquistar la pureza de los dioses, éste, no tiene inclinación a

Ciertamente esta asunción de la culpa, nada tiene que ver con la “mística del pecado” que algunos teólogos contemporáneos han denunciado, y en virtud de la cual la culpa libremente cometida —por solidaridad con los otros pecadores— tendría una acción redentora, y todo ello con el pretexto de la autenticidad, del antifariseísmo y del amor fraterno. (Algunas huellas de esta actitud, que invierte totalmente el concepto de redención —que exige pureza suma— pueden advertirse incluso en algunos autores católicos, como Graham Greene y Gertrud von Le Fort,

La aceptación y la asunción de la propia culpa existencial, como meta de la sicoterapia, no es más que el reconocimiento de la misma, un franco careo con ella, que pone al enfermo ante sus personales responsabilidades y en el umbral del “engagement” y de la libre decisión. El sicoterapeuta no debe excusar nada ni a nadie, nada ni a nadie debe justificar —como a menudo le ha sido reprochado por parte de moralistas poco informados o ultrancistas—, y menos todavía condenar o irritarse. El no juzga a nadie, y a todos debe ofrecer, con verdadera participación cordial, su inagotable paciencia, como recomendó Pío XII a los especialistas en estas materias (2),

porque además solamente un clima de sereno carino favorece la apertura del monologismo hacia el diálogo con Dios y con el mundo. La salvación de la culpabilidad morbosa se concentra totalmente en esta reencontrada capacidad de diálogo con Dios y con los hombres, mediante la “comunicación existencial” con el terapeuta, mediante este “ser-con y para-él otro” recíproco, que Binswanger y Boss con tanta delicadeza han descrito. “Pon amor donde no hay amor y sacarás amor” (San Juan de la Cruz).

Carl G. Jung rotundamente declaraba que toda verdadera sicoterapia desembocaba en la experiencia religiosa. En efecto, hay que reconocer



que solamente un conocimiento profundo de la realidad criatural —obra de Dios siempre “in fieri”— logra calmar a la angustia humana, porque hace nacer la esperanza *en El* —precisamente después de haber renunciado a las eliotianas “esperanzas de lo que no se debe esperar”— asumida como fundamento vivido del sentido de la existencia.

Y este amor, que en diálogo con Dios y con el mundo alcanza la oblatividad (23), el don de sí, la dedicación, la actitud de servicio, constituye la verdadera curación de estos seres atormentados. “Fuera de la Iglesia no hay salvación”, dice, citando a Orígenes, el Cardenal del filme *8 1/2* de Fellini, neurótico protagonista, y con razón, pues Iglesia significa comunión, y la comunión, el Mitsein, es la única superación de la incomunicabilidad egocéntrica.

No se crea, sin embargo que ello conlleve la eliminación de toda clase de angustia: cada cual debe llevar su cruz, la cruz de la propia culpa —“el justo peca siete veces al día” (24)—, pero ésta es una angustia “higiénica”, porque mantiene al hombre lejos de cualquier fariseísmo, de cualquier perfeccionismo, actitudes que a más o menos largo plazo se hundan sin remedio en el pantano del sentimiento de culpabilidad y de la angustia morbosos. El sentido cristiano de la culpa, hace posible —de hecho— la vivencia de la humildad, esto es el verdadero sentido de la realidad personal. Y sólo la humildad “es ama y nodriza de la caridad” (Santa Catalina de Siena).

Una verdadera sicoterapia permite el nacimiento de un hombre nuevo. Por ello Boss compara al sicoterapeuta a una madre, que lleva al hijo sobre su corazón, y así lo mantiene en el orden humano de la existencia en camino hacia la madurez. Esto exige a menudo una larga convivencia, más larga a menudo que una gestación corporal (25). La humildad de hacerse niños, de la simplicidad adulta del voluntario y arriesgado “perder la propia alma” (26) que hace redescubrir el propio ser, y lo salva en la medida en que se entrega al Otro. El simbolismo cinematográfico ha expresado todo esto, con un lenguaje admirable, en el citado filme de Federico Fellini: en la primera escena aparece la asfixiante cerrazón en sí mismo, que a lo largo de múltiples peripecias va concretándose en un verdadero sentimiento de culpa, y que tan sólo a través de las sucesivas renunciadas al refugio en la técnica, en la psicología, en la fisioterapia,

y con la aceptación de sí mismo en la vida comunitaria de la danza final, vestida de blanco, todos mano en mano, cada rostro vuelto hacia el vecino, se resuelve en un canto de alegría, bajo la dirección —casi conjuro— del hombre-niño que toca en la flauta la música de la inocencia. Del zarzal de la culpabilidad morbosa se puede cortar la flor humilde y radiante de la alegría que produce la comunicación con los hombres y con Dios. Médicos y sacerdotes deberían poder exclamar frente a los hombres doloridos que a ellos recurren, las palabras sabrosas de la grande Catalina de Siena: “Io dalle spine vostro traggio sempre la rosa” (Yo, de entre vuestras espinas, extraigo siempre la rosa) (27).

NOTAS

- (1) Emmanuel Mounier. *Traité du Caractère*. trad. ital. Ed. Paoline 1949, vol. p. 323.
- (2) Joan Bta. Torrelló. “Psiconalisi e Confessione”. Milano. Nuova Accademia. 1965, p. 176.
- (3) Rom. 4, 18.
- (4) Charles Odier. *Lex deux sources consciente et inconsciente de la vie morale*. Neuchatel, 1947.
- (5) Sigmund Freud. *Das Ich und das Es*. Obras completas, XIII, p. 265.
- (6) Id. id. *Das Unbehagen in der Kultur*. Obr. compl. XIV, p. 483.
- (7) Joan Bta. Torrelló. *Medicina e peccata*. En “Il peccato”. Ares. Roma. 1959. p. 559-560.
- (8) Gion Condrau. *Angst und Schuld als Grundprobleme der Psychotherapie*. Huber Berna, 1962, p. 147.
- (9) I Cor. 4, 4.
- (10) I Joan 1, 8.
- (11) Ps. 18, 13.
- (12) Ps. 41, 8.
- (13) Gustav Bally. *Das Schuldproblem und die Psychotherapie*. Schw. Arch. Neur Psych. 1952. vol. LXX, p. 228.
- (14) Medard Boss. *Lebensangst, Schuldgefühle und Psychotherapeutische Befreiung*. Huber. Berna. 1962.
- (15) Viktor E. Frankl. *Theorie und Therapie der Neurose*. Trad. Ital. Morcelliana, Brescia. 1962.
- (16) Igor Caruso. *Analyse und Synthese der Existenz*. Trad. ital. Marietti, Roma. 1953.
- (17) San Juan de la Cruz. *Noche oscura*, cap. VI.
- (18) *Four Quartets*. III East Coker.
- (19) Bruno Callieri. *Aspetti antropologico-esistenziali del sentimento di colpa*. Actas del VIII Congreso Cat. Intern. de Psicoterapia y Psicología Clínica. Milán. 1960, p. 120.
- (20) Gion Condrau. op. cit. p. 174.
- (21) *Summa Theologica*. I-II, p. 34, a. 4.
- (22) *Discurso al V Congreso de Psicoterapia y Psicología Clínica*. 10. IV. 1953.
- (23) Joan Bta. Torrelló. *Psicología del dono di sé. Oblatività e analisi esistenziale*. Boll. Corsia Servi. Milano 1962, n. 19-20.
- (24) Prov. 24, 16.
- (25) Medrad Boss. *Psychoanalyse und Deseinanzlytik*. Huber. Berna. 1957. p. 134.
- (26) Mat. 10, 39.
- (27) *Dialogo della Divina Provvidenza*, c. 143.